ALHAMA DE GRANADA

La más honda «ausencia», en la segunda noche del I Festival de Teatro Flamenco

MIGUEL ANGEL GONZALEZ

Como acertadamente vaticinó el periodista y crítico flamenco Angel Alvarez Caballero, en su poética presentación, «no ibamos a pasarlo bien, íbamos a sentir dolor» contemplando y haciéndonos inevitables cómplices de la obra «Ausencias», bien templado homenaje a Miguel Hernández, que la Compañía «Paco Moyano» interpretó en la segunda noche del I Festival de Teatro Flamenco, que se celebra en Alhama de Granada.

Con excepción de algunas letras tradicionales y del sefardí «Romance del prisionero», la selección de textos ha sido realizada por Lola Maiztegui a partir del «Cancionero y romancero de ausencias», del poeta de Orihuela. Tocaron la guitarra Paco Jarana y José Camacho «Piripi»; caja y palmas, Lorenzo Molina; cante, Paco Moyano; baile, Eva Garrido «La Yerbagüena».

No es la primera vez que se nos presenta la oportunidad de ver y escuchar este montaje, pero lo que sí es cierto es que la noche del sábado en Alhama, asistimos a una de las más brillantes representaciones de esta evocación atormentada de la vida, ausencia y muerte de Hernández.

Encuentro irrealizable

Fue así que un Paco Moyano en singular momento de voz y de intensidad flamenca cantó tanto de alante como de atrás, comenzando por los versos «tristes guerras si no es amor la empresa; tristes armas si no son las palabras», sentencia que marca la constante caracterizadora del homenaje y alque pone igualmente cierre. Las guitarras cumplieron su cometido con eficacia, inspiración y limpieza, la decoración, inteligentemente sobria, y el sonido —muy difícil sonorizar debidamente un montaje de estas características— funcionó casi impecablemente...

Y todo el esfuerzo de sus compañeros fue briosa, torrencialmente respondido por la extraordinaria exhibición de baile de Eva Garrido, «La Yerbagüena». Mientras se desgranan, desde las cajas de las guitarras y la garganta de Moyano, la toná, la granaina y media, las alegrías, el polo, la seguiriya, la soleá apolá, las bulerías, soleá, o el romance, Eva (Josefina Manresa) y Paco (Miguel Hernández) intentan, una y otra vez, con inquietante y desazonadora insistencia, el abrazo, el reencuentro, que la fatalidad, musicalmente convocada por el toque, desbarata, cruel e indiferente como un sino fatal.

En puridad, el cante de Moyano es la expresión de la libertad cercenada, y el baile de «La Yerbagüena» un emocionante vehículo receptor de la angustia y la impotencia propia y de su compañero, que se alza y se abre hacia un horizonte infinito pero también infinitamente inaprensible e inabarcable, como el deseo y la esperanza humanas. En puridad, decimos, Eva Garrido «La Yerbagüena», esa excelente bailaora que hace tres días estrenaba 19 años, no hace sino recoger en su baile, en su galvanizante y atlético taconeo, en su insólita capacidad dramática para expresar y para hacer sentir con pleno convencimiento, la súplica de Miguel a Josefina: «libre soy, siénteme libre sólo por amor».

Ni ella ni nosotros somos culpables de que las más caras ambiciones y exigencias humanas se vean con frecuencia fuera de nuestro alcance, pero si el artista cuenta con el poder creativo como arma más poderosa e irrenunciable, por su memorable actuación en el Patio del Carmen, de Alhama de Granada, Eva nos acercó, en cierto modo, a un milagro que cambiara el curso de la historia: murió Miguel, podría decirse, pero qué indestructibles raices desentierran aun estos artistas que no nos «cuentan» su poética, sino que nos manifiestan cómo sienten a Hernández, cómo cada uno de ellos «se convierte» en Hernández, en su sufrimiento, en su ausencia, bien cantando, bien tocando una guitarra, o bien bailando con tan descomunal técnica y poderío expresivo que, en ciertos momentos, un enduendado y mágico escalofrío se hizo carne y habitó entre nosotros.

Diario Ideal
25 julio 1989